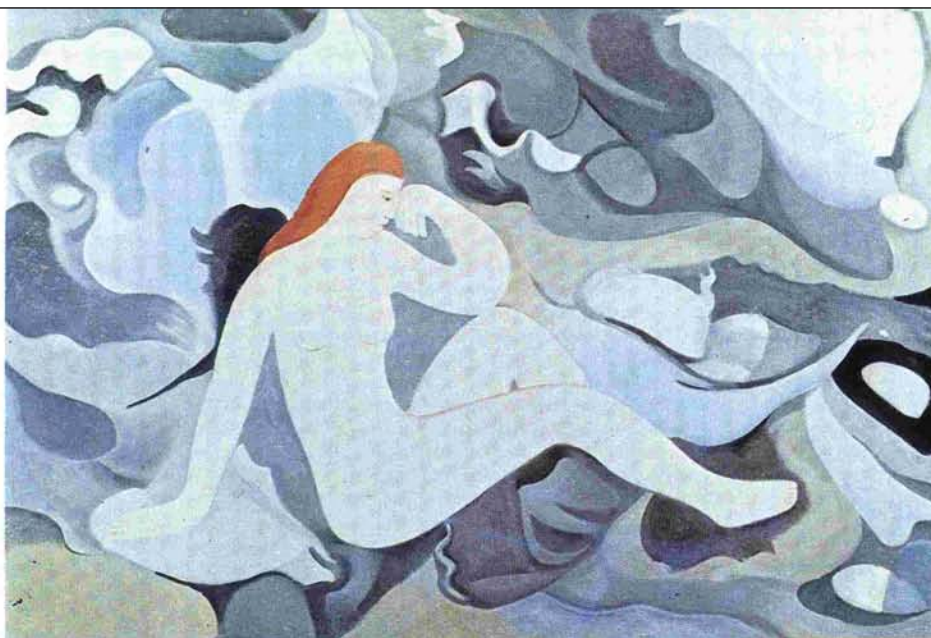


LAS DANZAS LEVANTINAS DE



JOSE NAVARRO RAMON

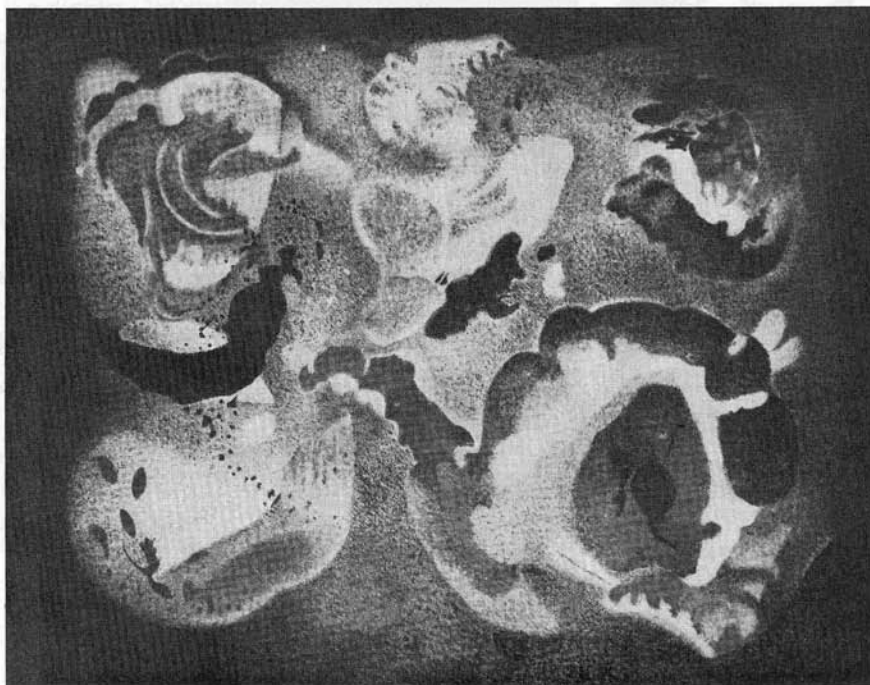
Por Luis LOPEZ ANGLADA



Si el lector tiene alguna vez sed en los ojos, sed de luz, sed de claridades, sed de aires puros y de horizontes blancos, nuestro consejo es que vaya a saciarse a Altea. Allí, apoyando la cabeza en la sierra Aitana y los pies en la espuma del mar, Altea parece haberse tendido a dormir bajo el sol, desnuda como una diosa que acabase de nacer entre las olas. A Altea vino un día, a colmarse de deslumbramientos Gabriel Miró, y se le quedó en sus palabras una reverberación

de luminosidades que inútilmente quieren conquistar nuestros actuales escritores de allende los mares. Toda la costa de Altea sirve de refugio a poetas y pintores que huyen de las aglomeraciones del turismo de la cercana Benidorm y prefieren dejar que la luz les invada hasta lo más profundo del alma. En Altea hemos oído versos de Federico Muelas y hemos visto piedras mágicas pintadas por Benjamín Palencia. No lejos de Altea sueña Andrés Conejo con sus mundos de figuras





goyescas que parecen ocul-
tarse para que no les descu-
bra la realidad el sol implaca-
ble de esta tierra.

Si todos van a Altea, Nava-
rro Ramón no tuvo que esfor-
zarse por llegar a ella. Había
nacido allí, frente al peñón de
lfach y junto a las alturas de
Bernia, cuando aún Altea no
era sino una playa dormida
en la que unos pescadores se
esforzaban por arrancarle su
plata viviente al mar. Hace
setenta años, Altea no era
sino un puñado de luz, una sa-
lada claridad, una aldea per-
dida. Pero estaba situada en
un remolino de sonoridades y
ello bastó para que aquel niño
se sintiera lleno de ecos so-
noros, de necesidad de ex-
presar que veía algo que los
demás ignoraban y que tenía,
como Bécquer, «algo divino
aquí dentro».

¿Hasta qué punto puede un
artista tener conciencia de
haber logrado lo que soñó en
su juventud? La vida está for-
mada por muchos instantes,
cada uno de ellos absorbe to-
talmente la conciencia de que
se existe y es muy difícil
comprender en cuál de ellos
puede afirmarse que se ha
llegado a la realización de
todo lo que aspirábamos. Aca-
so por esto Navarro Ramón
camina por la vida con los
ojos muy abiertos, los oídos
atentos y el alma tensa, pero
como si eso del triunfo y la
consagración no fuera con él

30



o, por lo menos, como si no
se hubiera dado cuenta. Y se
pasa la vida viajando de París
a Buenos Aires y de Barcelo-
na a Nueva York, pintando,
exponiendo, o jugando al aje-
drez; porque éste es uno de
esos artistas a los que les re-
bosa la imaginación y gustan
de encadenarla bien a los lí-
mites de sus lienzos o a la
geometría de un tablero don-
de hasta el razonamiento ló-
gico necesita ritmo, belleza y
fantasía.

Dentro de este sentido del
ritmo y de fantasía que Nava-
rro Ramón ha dado a su
vida se desenvuelve también
su obra, larga y cuajada, natu-
ralmente, como lo ha sido
su existencia humana. Por
eso, a través de muchos años
y de muchos cuadros, Nava-
rro Ramón ha ido haciendo su
personalidad de la que es im-
posible sustraer al artista del
hombre, al viajero del niño
que soñaba con sonoridades
luminosas o al soñador del
pensador atento que fija sus
ojos sobre el tablero de aje-
drez y alcanza a no realizar
movimiento inútil, sea con las
fichas o sea con los pinceles.
Varias etapas en su creación
nos hablan del realista que
intenta convertir en color y
figura toda la música del mar,
o del nostálgico que compo-
ne, en la soledad de su estu-
dio, los remolinos del agua o
la presencia, sobre los mon-
tes de su tierra, de nubes y
vientos que se resuelven
siempre en un sentido de dan-
za que tan bien conocen los
que han nacido por aquellas
tierras.

Carlos Areán ha dedicado
todo un libro al pintor, con un
meditado y sutil estudio de la
obra de Navarro Ramón en el
que da, como valores comu-
nes a toda ella, los siguien-
tes:

«La matización del color.

La melodía de la línea.

La paradójica tenuidad con-
sistente de la factura.

La seguridad flotante de
sus ritmos y de sus sueltos
encadenamientos de formas.»

Si exceptuamos el primero
de estos valores, podemos lla-
mar la atención del lector
acerca del sentido musical
que estas afirmaciones po-
seen. Y es que el conjunto de
la obra de Navarro Ramón pu-
diera sintetizarse en una es-
pléndida sinfonía de la que
tendríamos que estructurar
los tiempos de cada una de
sus etapas. Y así nos encon-
traríamos con un primer tiem-
po en el que la melodía se
resuelve en esas tonalidades
tenuas, poéticas, que dan for-
ma a unas figuras casi de por-

celana, casi aéreas. Es el momento de las mujeres sentadas, como abismadas en una ensoñación de crepúsculos mediterráneos, teniendo entre sus manos una flor o un laúd. Es el momento de las calles de Altea, sumidas en la siesta estival, como bañadas por una luz misteriosa que casi las hace transparentes en sus sueños.

El segundo tiempo nos trae el inicio de un «ballet» pictórico en el que todas las tierras por las que han transcurrido la vida del pintor van dejando su impronta. Prepara así el artista al espectador para su próxima etapa, cuando las figuras comienzan a girar y a desprender lo que de superfluo puede haber en su naturaleza. Parece como si, a través del mar, Juan Miró tendiese su mano a Navarro Ramón para estrechársela en la coincidencia de actitudes. Se empiezan a convertir las flores en estrellas y el estatismo de las mujeres se cambia en invitación a la danza. Se arquean los brazos, se resuelven las formas en círculos rítmicos. Todo está ya a punto para la gran eclosión de la danza que compone el tiempo fundamental de la sinfonía. Ya no hay abstracción ni figuración. Hay todo un ritmo que hace girar las figuras, que crea oquedades, como de inmensos remolinos marinos, en cuyo centro se refugia la luz. Y hay sonoridades de mar, de brisa, de crepúsculos mediterráneos, de claridad de sal y sol. Es la gran danza levantina que, cuadro a cuadro, ha compuesto Navarro Ramón soñando, tal vez, con los años en que su infancia dejaba las huellas de sus pies de niño en la orilla del mar de Altea.

Areán vio perfectamente este sentido de danza de la pintura de Navarro Ramón, y de esta rítmica concepción deducía, como resultado final, el misterio. Muchas veces hemos afirmado el poderoso valor poético que el misterio trae a toda obra artística.

«La ambientación lírica —dice Areán— puede darse lo mismo en la manera de buscar contigüidades eglógicas en sus etapas figurativas —esos blancos rosáceos sobre fondos azules muy intensos o esos violetas apenas diferenciados de un gris verdoso que los amortigua y envuelve— que en las superposiciones emotivas, saltantes, esbozadas, de sus períodos no imitativos, aligeras siempre, pero casi nunca convulsas.»

De todas estas cosas es

Madrid-España, 1 de julio



inútil hablarle a Navarro Ramón. En su sencillo piso de Barcelona, acompañado de su mujer, nos ha recibido casi como con sorpresa de que pudiéramos hablar así de sus cuadros. A él no conseguiríamos arrancarle una sola palabra. Hombre de gran humanidad y de profunda sencillez, prefiere llevar la conversación a cauces normales de cualquier mortal. Pero, a veces, se queda callado y notamos como si en sus ojos hubiera una inmensa necesidad de ver otra vez las orillas natales de Altea. O como si viniese de tener un largo sueño en el que la luz y la vida se han compenetrado para crear como una especie de gruta en cuyo centro, él, el propio pintor, Juan Navarro Ramón, está sentado en postura contemplativa, viendo cómo a su alrededor la vida se hace una danza infinita, una maravillosa y poética danza que él ha de dejar plasmada, en increíble milagro, en sus cuadros.